

La moda, aseguran, se originó en algún remoto escondite escandinavo; de ahí la costumbre de refrigerar el comedor muy por debajo de la temperatura ambiente y ofrecer, en pleno mes de agosto, como en esos bares construidos con bloques helados donde se bebe vodka y se degusta caviar, una chaqueta de piel a los clientes. El ritual recuerda a otras modalidades de gastronomía clandestina consistentes, por ejemplo, en consumir especies en vías de extinción. Refinamientos que aprovechan la excitación de lo encubierto, lo furtivo, lo esotérico, lo ilegal. Restaurantes tailandeses que cocinan tortugas marinas en su caparazón, ocultos como fumaderos de opio entre las chabolas de los barrios más inverosímiles de Bangkok, donde exquisitos turistas con los pies hundidos en el repugnante fango de la calle, John Lobb o Loubutin en mano, pantalones remangados o vestidos de noche recogidos por encima de las rodillas, caminan tras los guías locales. Tabernas secretas de contraseña, mirilla y matón instaladas en cada sótano, en cada trastienda, durante los cinematográficamente gloriosos años de la Prohibición. Cabañas de chamanes en medio de la selva donde los dioses aterrizan transitoriamente sobre la superficie de un cuenco

de ayahuasca. Antros oscuros con música industrial en los que es posible, ciertas noches al mes, si el cliente conoce la contraseña, beber cócteles preparados con auténtica sangre humana.

Durante las primeras décadas del siglo xx, previamente a su expansión secreta por diversas capitales de Europa, la moda sólo parece haber sido conocida por un pequeño grupo de iniciados a quienes se llamó *el club se los suicidas en el hielo*: un círculo de amigos, sostiene la leyenda, habrían recibido idénticas misivas en las que, bajo un mapa esbozado a mano y una lista de coordenadas geográficas, el hipnotizador argentino César Ripa explicaba cómo se había dirigido a morir a cierto lugar en medio de la nada, perdido en el mar de yeso y fascinado por la ausencia o inaccesibilidad de su sombra, confiando en que su cuerpo estuviese perfectamente conservado cuando fueran a recogerlo. Para conseguir que sus músculos constituyeran todo un manjar, César Ripa se había nutrido exclusivamente de vegetales y ejercitado una hora cada mañana, apenas levantado, durante varios años. Había dormido ocho horas cada día, ya fuese invierno o verano. Se había abstenido de mantener relaciones sexuales, ignorado a la dama de bárbaro cobalto en los ojos que solía acompañarlo en sus espectáculos. Y esperaba que, siguiendo sus precisas indicaciones en el plano, pudieran encontrarlo y disfrutar del placer insólito de alimentarse de su carne.

A partir de entonces, al mismo tiempo que la costumbre de ser hipnotizado —sumido en ese sueño mágico desde el que la recién nacida clase media esperaba asomarse a la verdad o a los espíritus— iba siendo abandonada a causa del mismo aburrimiento que la había convertido en una actividad popular, aquella idea de morir en la nieve y ser consumido por familiares y allegados comenzó a propagarse lenta y discre-

tamente: hombres y mujeres hechos y derechos, cuando consideraban que no merecía la pena continuar viviendo, se dirigían, primero en sus trineos o sus barcos, después en extravagantes automóviles capaces de transitar por aquellos resbaladizos parajes, hasta lugares solitarios, prendían fuego a sus vehículos, y caminaban sobre la crujiente espuma helada hasta que el cansancio y el entumecimiento producido por la hipotermia les impedían continuar más adelante. Cuidando siempre de apartarse de posibles testigos. Allí construían una tumba de hielo en cuyo interior se encerraban para evitar ser devorados por los lobos, tendiéndose a morir desnudos cual monarcas árticos, psicópatas nazis o héroes de videojuegos, a la espera de que sus camaradas vieran a recoger sus restos cristalizados, resplandecientes como joyas y crujientes como el acero.

A pesar de todo, los rumores que relacionan la creciente popularidad de esta costumbre con el renacimiento del Black Metal noreuropeo son absolutamente infundados.

Ahora, aparte del frío, nada extremo, siniestro ni lujoso en la decoración. Es caro, por supuesto, ya que la materia prima escasea, pero tampoco demasiado, pues la demanda nunca excede a la oferta. Como en todas las extravagancias de pago, se deja ver menos gente extravagante de la que cabría suponer. En la ficción suele representarse como producto de la locura o un exceso límite para millonarios excéntricos que lo han probado todo —películas snuff, criónica, cirugía extrema, viajes al espacio...—; sin embargo, apenas constituye una fantasía costosa, algo parecido a encargar la visita de una prostituta de lujo a la habitación del hotel. Lo que comenzó como un rito, terminó por convertirse en un capricho comparable a escalar fachadas de edifi-

cios, jugar al paintball con los compañeros de la oficina o hacer espeleología en las cloacas.

Aunque hay algunos grupos de tres o cuatro personas, casi todas son parejas jóvenes que aprovechan la excitación de lo prohibido; los grupos grandes resultan mucho más indiscretos y son, en general, mal vistos. Los clientes no tienen un aspecto particularmente elegante, y la comida es tan sencilla como el comedor: finas lonchas de carne roja extendidas en una bandeja de porcelana blanca sobre un mantel también blanco. En el centro de la mesa hay una parrilla para que cada cual se la prepare a su gusto. Sin salsas complicadas ni sofisticadas guarniciones, sólo sal gruesa y un poco de mostaza, como para la carne de buey Wagyu. Billy Globus (2006) comenta que no esperaba que su sabor se asemejase tanto al del cerdo, mientras Christine Ticq lo ilumina todo con su sonrisa de fósforo encendido. Su hielo negro como piel. Hacía mucho tiempo que no se reunían, pero, a diferencia de Billy Globus, Christine no ha engordado, ni ha perdido pelo, ni le cuelga la piel bajo los ojos, ni ha dejado de ganarse la vida explotando su talento más destacado. «¿Por qué ya no tocas en público?», le pregunta a Billy. «No soy lo bastante bueno...»

«Tengo que contestar unos emails», responde Billy Globus a la pregunta que emerge rota de la cama, de entre un montón de virutas de chocolate con olor a lavanda desparramadas sobre la almohada.

«Vale.»

«Tengo que escribir unos *tweets*.»

«Cool, Billy, pero no te vayas.»

«Tengo que añadir un par de cosas en mi blog.»

«¿No puedes hacerlo más tarde? Son las seis de la mañana.»

Tiene que mirar el número de descargas de su vídeo en YouTube. No demasiadas. De su mejor concierto, aquel en

el que había interpretado «Woolwood» por primera vez ante el público, seguido de su «Improvisation Around Sweet Jane». Diecisiete minutos de vídeo posteriormente digitalizado, con una banda sonora que deja bastante que desear. El vídeo está filmado desde la tercera o la cuarta fila, por lo que de vez en cuando enfocan a alguno de los espectadores y allí aparece ella, Christine Ticq, quince años más joven pero exactamente igual que ahora. Billy Globus mira la película sin sonido, para que ella no lo escuche. Lo mira para ver a la mujer que está acostada en su cama, para observar su rostro mientras lo escucha tocar, esa concentración tan fría, tan inexpresiva, como si quisiera impedir que cualquier gesto se interpusiera entre la música y su percepción de la música. Un lienzo tenso y perfecto recibiendo la caricia de los brochazos. Sus neuronas bailando y escupiéndose chispas de un lado al otro del cerebro. Piensa en esperar unos minutos y filmarla mientras duerme pero, finalmente, o no se atreve o piensa que no se atrevería a reproducir más tarde la película, que hay algo terriblemente íntimo en el rostro que moldean sus sueños.


Cuando salen, las huellas de la apoptosis se encuentran por doquier. El barrio, descuartizado, hiede a basura seca, y la luz muerta, arterial, efluye de las negras heridas del asfalto. «Ahora podemos hablar de negocios», concede Christine, y le explica que este es, sin duda, el mejor momento para vender. En un par de años, todas esas fincas que su padre le ha regalado valdrán la tercera o cuarta parte de lo que valen ahora mismo. Si lo deja en sus manos, afirma, puede conseguirle suficiente dinero como para no tener que trabajar durante el resto de su vida.

Dos jóvenes idénticos a Brad Pitt juegan al baloncesto en un aparcamiento, bajo un enorme cartel anunciador con la imagen de una actriz cuarentona y el eslogan de Morelli

Cosmetics «YOU ONLY LIVE TWICE». Parecen dos insectos de la misma especie —dos seres de la misma marca— ejecutando una danza para marcar su territorio de apareamiento. Al amanecer, uno de ellos deberá dirigirse a Sidney, donde lo espera una sesión de fotos en un restaurante que acaba de ser inaugurado. El otro cogerá un avión para filmar un anuncio de refrescos en Bangkok. Billy Globus detiene un taxi para dirigirse a su apartamento en Brooklyn. «¿Te dejo en algún sitio?», le pregunta a Christine. «No, gracias. Puedo ir caminando hasta mi casa... Me gustaría volver a escucharte tocar algún día. Escucharte tocar “Woolwood”.» A mitad del puente todos los sonidos de Manhattan vuelven a confundirse en el habitual rugido de bestia subterránea. Cada ciudad tiene su canto, resultado de la confusión inarmónica de millones de sonidos distintos, y Billy Globus es capaz de escuchar por separado muchas de esas voces independientes mientras se desplaza a través de las calles. En Manhattan hay ecos meridianos, los de las grandes avenidas norte-sur, y voces paralelas de las calles este-oeste; allí, en el vestíbulo de un edificio de cristal, canta un coro de niños casi albinos, soplan las chimeneas, golpean los tacones de las damas contra la acera, hablan todos en voz baja por sus teléfonos móviles, vibran los taxis, los talleres, las fábricas, zumban las impresoras, silban los aires acondicionados, chasquean las puertas y ventanas, cantan otros y gritan a los conductores, a los transeúntes, suenan cláxones y silbatos de policías. La vibración del metro es como un secador de pelo soplando entre las cuerdas de un bajo eléctrico. Cientos de ritmos urbanos que la gente como Billy Globus tiene el poder de transformar en música.

Alguien saca un arma del bolso, en pleno Central Manhattan, justo frente a la catedral de cristal consagrada a Steven Jobs, a la hora punta del *shop till you drop*. Una austríaca, de las que nunca se encasquillan. No es lo mismo que antes de las reformas de Giuliani, cuando por doquier sucedían

cosas así: ahora, en cada esquina, agentes de policía uniformados pastorean plácidamente el ecosistema de *hairdos*, sombreros y viseras de béisbol. *C'mon, c'mon, c'mon!* Pero todo sucede en un instante. La muchedumbre fluye por sus cauces naturales desde la Quinta hacia la 59 y la 58, los compradores suben o bajan las corrientes remando entre las turbulencias con sus negras bolsas de Barney's y de Chanel, marrones de Louis Vuitton, blancas de Gucci y azules de Tiffany, papirofléxicas de Takashimaya y transparentes de 🍏. Sólo quienes están más cerca pueden ver la pistola, pero nadie aúlla de pánico ni se arroja al suelo como es costumbre en las películas; por el contrario, todos se apartan en silencio con la coordinación vectorial de un enjambre, una bandada de estorninos o un banco de anchoas, medio incrédulos medio sobresaltados, aunque son los que están un poco más apartados y no pueden distinguir quién es la mujer que porta el arma los que más se asustan, al principio. Se trata de una joven muy esbelta, muy sucintamente vestida, clavada al suelo mediante unos tacones excesivamente altos y afilados y con una melena exageradamente larga y planchada, se diría que almidonada. De complejión demasiado frágil para empuñar la Glock con el extremo aguzado del huesudo brazo que forma un ángulo de 90 grados con su tronco; un ademán muy poco pistolero. Como nos ha enseñado la televisión, semejante postura hace casi imposible dar en el blanco por muy próximo que éste se encuentre, lo que significa que, si se decidiese a apretar el gatillo, podría herir accidentalmente a cualquier transeúnte. En el caso de que el arma sea auténtica, cosa que dudan los turistas de todo el mundo y los propios neoyorquinos (acostumbrados a gran variedad de espectáculos callejeros) en cuanto se dan cuenta de que la joven que porta el arma camina con decisión hacia otra mujer que se ha quedado congelada, de la que se ha ido separando la multitud, y que es idéntica a la primera, y que ambas son la misma que acaban de ver hace un rato amplia-

da cien veces sobre la fachada de un edificio un poco más abajo en la Quinta o un poco más arriba en Madison; en el mismo instante en que empiezan a ser conscientes de la situación (apenas han transcurrido unos segundos cuando el agente más cercano comienza a reaccionar, pero todavía no ha decidido cuál es la acción más conveniente), los cientos de personas que rodean a los insólitos antagonistas especulares han desenfundado ya sus teléfonos móviles, sus cámaras fotográficas y de vídeo, multiplicando a la pareja de mujeres gemelas, la que apunta y su presunta diana, en una infinidad de metacopias que pronto viajarán por el ciberespacio inalámbrico. Son ellos, los que miran al unísono, quienes se masacran en círculo, retratando la escena y retratándose los unos a los otros, como el ojo de un huracán de píxeles, corroborando a la vez que: 1) sus armas son más rápidas y 2) la copia no es perfecta —algo que perciben primero las compradoras más expertas, pues, pese a la inverosímil semejanza física, lo que en una es Proenza Schouler y Rodarte y Jimmy Choo en la otra es JC Penney, Target y, como mucho, Brooks Brothers. Y son precisamente esas especialistas quienes, conscientes de la monstruosa asimetría estilística, comienzan a pensar que lo que acontece ante sus ojos puede no ser un montaje publicitario o la escena de un *reality show*, sino un acontecimiento verdaderamente imprevisto; que la pistola, en suma, pudiera ser auténtica. Y comienzan a sentir pánico o fascinación, a hacerse un hueco entre la multitud que filma y fija, a escurrir el bulto (o a aproximarse para ser testigos de un presunto fenómeno histórico: unas manzanas más arriba, al otro lado de Central Park, tirotearon a John Lennon) abriéndose paso con sus bolsas de Barney's y de Bergdorf-Goodman y de Gucci y de Chanel y de Tiffany y de , dando la espalda a la escena que se desarrolla bajo los reflejos de la burbuja ortogonal de Steven Jobs y cruzando sus miradas con las de los agentes de la NYPD que se dirigen al centro de la vorágine, intentando



advertirles que algo horrible va a suceder, mientras las mujeres idénticas pero desigualmente vestidas parecen hipnotizarse mutuamente como dos bestias ponzoñosas conscientes de su capacidad de aniquilación (parece irrelevante que sólo una de las chicas esté armada). Y entonces, un segundo antes de que la policía pueda hacer nada, la que acarrea el arma la deja caer al suelo y la otra se aproxima a ella y la abraza como si nada hubiera sucedido, como si encontrarse con su imagen especular en medio de la Quinta Avenida fuese algo completamente natural, como si haber sido encañonada no tuviese la menor importancia, o incluso se hubiese convertido en algo necesario, esencial para construir una composición asimétrica, para manifestar una muestra de respeto de la copia al original.

*Se diría que la posibilidad de reproducir y ser reproducido nos revela la pobreza fundamental del ser: que algo pueda repetirse es un poder que parece suponer, en el ser, una carencia, y que le falta la riqueza que no le permitiría repetirse, escribió Maurice Blanchot en *El mal del museo*.*